

Capítulo 38 - - Luces pálidas

- Capítulo 38 - - Luces pálidas

Capítulo 38 - - Luces pálidas

Song se vistió con su uniforme formal para la visita al hospital.

Era un gesto de respeto, al menos hacia su gente, y sospechaba que si Angharad estuviera despierta, entendería mejor que la mayoría. Malani vivía y moría por las apariencias, después de todo. Ahora la ruta hacia la sala de sanación era casi dolorosamente familiar, pero se abstuvo de dirigirse allí inmediatamente después de terminar su clase de Estrategia. Si lo hacía, es probable que topase con los Treinta y Primero en su propia visita.

La perspectiva de entablar una charla trivial y forzada con Ferranda Villazur y su camarilla sobre la forma de Angharad era bastante desagradable, así que esperó hasta bien entrada la tarde.

Tristán estaba ocupado perdiendo un duelo de ingenio con un ave — una que sus ojos confirmaron que no era un lemure, por fortuna — y Song ni siquiera preguntó a Maryam si quería acompañarla en la visita, así que fue sola la que se plantó ante las puertas del hospital. La pareja de guardias, aburrida, la saludó con un gesto después de pedirle el sello de su brigada, sin apenas echarle un vistazo.

El atento de uniforme gris en la entrada era mucho más reglamentado, anotando el número en el sello y preguntando a quién buscaba visitar y por qué.

"Angharad Tredegar," respondió Song. "Solo para verla."

La otra mujer asintió, escribiéndolo en Antigua. Pero, unos años mayor que Song, la extraña tenía el aspecto de Cathay y debió haberse criado en Tianxia, pues llevaba un acento oriental bastante marcado.

"¿Wendi?", preguntó Song con curiosidad, acentuando la palabra como se hacía en el Este.

El atento de uniforme gris se sorprendió, luego sonrió.

"Viví en la república hasta los diez años, sí," respondió en Machín.

El dialecto oriental era más antiguo que el Cathay clásico, pero compartía raíces comunes con la lengua muerta de la que había sido tallada la lengua Cathay — todo lo que se decía en él sonaba bastante rígido, por eso en las obras era frecuente que los personajes de la República de Wendi fueran considerados pretenciosos payasos. Probablemente no ayudaba que el Ducado de Wendi fuera el último reino de Tianxia en convertirse en república.

"Por el acento, te llamaría una chica Mazu, pero el nombre me dice lo contrario," continuó.

Los labios de Song se fruncieron. No había sido seguro que los Ren permanecieran en Jigong después del Oscurecimiento. Parte del acuerdo que su abuelo había cerrado era que las autoridades permitieran que la familia entrara en exilio. Su padre tenía parientes en la República de Mazu, quienes le habían concedido a los Ren el uso de una finca antes de distanciarse tanto como fuera posible sin romper el zunyan.

Aunque Song había sido criada casi en su totalidad por quienes habían nacido en Jigong, no era la primera vez que escuchaba esa punta de la precisión Mazu en su modo de hablar. El exilio deja su huella en formas pequeñas, tanto como en las grandes.

"¿Mi cabalista está en una sala privada?", preguntó, alejándose firmemente del tema.

La finca en Mazu contaba con una pequeña guardia que la protegía. Fue la discreción la que permitió que permaneciera intacta, y Song no tenía intención de hablar sobre dónde había vivido exactamente antes de inscribirse en la Guardia.

"Está en una de las salas, sí," respondió el encargado con prontitud. "Aunque no hay guardias, solo acceso restringido, tendrás que pasar un prueba de Judas antes de entrar después de salir."

Sabia, considerando los peligros de la posesión. Song colocó su mano sobre lo que parecía ser un trozo de plata fría del tamaño de una uña, tan valiosa como un diamante del mismo peso, y esperó el tiempo correcto, observando casualmente el libro de registros abierto del ayudante. Allí, vislumbró los nombres de Ferranda Villazur y Zenzele Duma escritos en líneas diferentes, además de "C. Tred." al final de esas mismas líneas.

Dado que Ferranda no era oficialmente capitana de Angharad, Song comprendió que la infanzona probablemente había sido rechazada y se había visto obligada a buscar permiso de alguien que pudiera otorgarlo. El capitán Wen debería haber sido consultado, pero con el propio tío de alto rango de Angharad presente, las túnicas grises debieron sentirse cómodas distorsionando alguna regla.

La idea de que Ferranda tuviera que sortear algunos obstáculos resultaba divertida, aunque la idea no fuera muy amable. Mientras que la otra capitana no había cometido tanta falta como para ser expulsada, eso tampoco la hacía simpatizar con Song.

El ayudante de Wendi marcó una X junto al nombre de Song cuando terminó la prueba de Judas, y luego le indicó que podía visitar. Las instrucciones la guiaron hacia una sala al otro lado del pasillo, más allá de aquella donde la habían postrado tras el ataque, pero no era una caminata larga. La puerta no hizo ningún sonido al abrirse, bien engrasada, y tampoco al cerrarse tras ella.

Dentro, solo había una lámpara de aceite encendida, pero Song no buscó otra: le daba igual la cantidad de luz que tuviera su vista. En la cama yacía Angharad Tredegar, acurrucada entre sus sábanas.

Sus muñecas estaban atadas a la cabecera de la cama con grilletes.

Song suspiró y se deslizó en el asiento a su derecha. La otra mujer, bueno... físicamente parecía estar bastante bien. Una pequeña quemadura en la palma de la mano donde el sello de la brigada había tocado su carne y algunos moretones en las mejillas por haber sido arrastrada al suelo. Calificar lo ocurrido como un enfrentamiento sería ofrecer demasiados honores.

El parásito en su mente le había ordenado huir y ella lo hizo, pero el grito de Song sobre la posesión movilizó a un ejército de estudiantes en un instante y Angharad fue derribada sin oponer verdadera resistencia — no estaba tan perdida como para volverse contra los guardianes. Salvo algunos intentos de sacudir a quienes la sujetaban, los Pereduri poco les dificultaron la tarea antes de que la guarnición llegara a aprehenderla.

Lo que los oficiales hubieron hecho después de llevarla lejos, sin embargo, dejó marcas: su rostro se veía pálido, su expresión enfermiza y cubierta de sudor antiguo. No se apreciaban heridas, pero ¿qué significado tenía eso cuando se trataba de una entidad de éter? La puerta no producía sonido alguno, así que fue un cambio en el aire lo que alertó a Song — su mano buscó de manera instintiva su pistola, hasta que vio el abrigo negro y se obligó a apartarlo.

El extraño atravesó la puerta, levantando una ceja.

“Antepasados, aquí está oscuro,” dijo un hombre que solo podía ser el comandante Osian Tredegar. “¿Podría encender otra lámpara, por favor?”

“Señor,” respondió ella, poniéndose de pie y saludando con respeto.

“Esto no es un campo de desfile, relájese,” gruñó él. “¿La lámpara, sí?”

Rápidamente, ella fue a buscarla, echando un vistazo de reojo al tío de Angharad mientras alcanzaba los fósforos. Los dos Tredegar solo intercambiaron algunas miradas — sobre todo por la nariz — pero el anillo en la mano de Osian, que llevaba una serpiente de dos colas de la Casa Tredegar, confirmaba su parentesco. Él, notó Song, era más alto que Angharad y en excelente forma para un Umuthi. Muy en forma, observó ella, con la mirada fija en sus anchos hombros. La barba cuidadosamente arreglada le confería un aspecto de distinguido anciano, y mostraba una sonrisa relajada.

Una sonrisa dirigida a ella en ese momento, porque la habían sorprendido observando.

Carraspeando y apartando la vista con las mejillas ardiendo, Song encendió una segunda lámpara de aceite e intentó no convertirse en cenizas por la pura mortificación.

“Siéntese,” invitó el comandante Tredegar, aún sonriendo. “Como su capitán, tiene derecho a enterarse de su estado de salud.”

Song se deslizó de nuevo en su asiento, aunque sentía que debería haberle hecho un saludo militar al hacerlo.

“Me sorprende verla aún atada,” confesó.

“Procedimiento estándar tras la posesión,” descartó Osian Tredegar al acomodarse en un asiento al otro lado de su sobrina. “Mañana le harán otra prueba con plata invernal para confirmar que está libre del parásito, pero no se espera que quede algo.”

Buenas noticias,” dijo Song, sinceramente.

“Entre los pocos que lograron salir de este embrollo,” suspiró el hombre mayor. “Le agradezco por actuar cuando fue necesario, capitán Ren. Ha sido... un apretón, he llegado a comprender.”

Song casi hizo una mueca de dolor. Un encuentro cercano con un parásito de éter seguro dejaría marcas, aunque lograra sobrevivir.

“Sí, esa es más o menos la reacción adecuada,” concordó el comandante Tredegar, percibiendo su contención. “El fabricante de muñecas le hizo un número: no podrá caminar sin ayuda durante semanas y tardará aún más en estar en condiciones de combate.”

Ella levantó una ceja.

“Eso podría complicar su participación en la clase Skiritai,” dijo Song.

“Entre la partida próxima hacia Asphodel y sus heridas psicosomáticas, estará exenta de luchar contra monstruos,” afirmó Osian Tredegar.

Su voz transmitía tanta confianza que parecía una voluntad, algo que a Song le molestaba admitir que le resultaba bastante atractivo. Probablemente ni siquiera escribía poesía, se dijo a sí misma. No había razón para admirarlo demasiado.

“Espero que el mariscal de la Tavarin encuentre otro asunto que ocupe su tiempo,” dijo, claramente sin ruborizarse.

“Seguramente,” coincidió el comandante Tredegar. “El expediente de ese hombre tiene más sellos que un tablero de torneos y cualquier Skiritai que sobreviva a los sesenta años tiene un historial que haría parecer moderados los relatos de Ramayana.”

Song hizo una mueca de disgusto al escuchar esas cosas disfrazadas de literatura. La Tierra Amarilla tenía razón al intentar prohibirlas; eran propaganda descarada: los ‘encantadores’ capitanes Ramayana terminaban cayendo, embobados, en brazos de hermosas doncellas Tianxi de una antigua nobleza, desposeídas por comerciantes revolucionarios codiciosos y malvados. Lo cual no se parecía en nada a los justos y adecuados mercaderes Ramayana, orientados al dinero, que esas historias exaltaban.

Aún peor, los autores copiaban monólogos entre sí. Song podía perdonar la propaganda, pero no el plagio.

“Una consideración temible,” respondió con sequedad.

Se puso una sonrisa sardónica, acomodándose más cómodamente en su asiento, y no negó la acusación.

“Ha sido amable de su parte venir a visitarla,” le dijo el comandante Tredegar.

Su tono sonaba aprobador, cosa que ella no creía necesaria.

“Sigo siendo su capitán,” afirmó Song.

“En papel,” dijo el hombre mayor, levantando una ceja. “Debo admitir que Angharad fue bastante vaga respecto a las razones por las que cree que deben separarse. ¿Qué ocurrió?”

Los labios de Song se estrecharon. En principio, no estaba obligada a responder esa pregunta. Aunque Osian Tredegar era un oficial superior, no era su superior directo. Lo sería cuando partieran hacia Asphodel, sin embargo, así que, incluso si ella realmente no quería decirle la verdad, le temía que eso pudiera arruinar las relaciones.

“Tuvimos un desacuerdo sobre la muerte de Lady Isabel Ruesta,” finalmente dijo ella. “Ocurrió en el Dominio, pero ella ha aprendido detalles del asunto desde entonces.”

El hombre de piel oscura frunció el ceño, aunque no fue por ella. Estaba luchando por recordar el nombre, y tras unos momentos el ceño desapareció.

“La infanzona con el contrato límite,” dijo Osian Tredegar. “¿Algún tipo de amuleto sobrenatural?”

Song asintió. Lo suficientemente cerca. Era interesante saber que Isabel Ruesta había sido marcada como un caso límite. Los contratos de control mental estaban prohibidos por los Acuerdos de Iscariote, pero la línea principal de los Acuerdos era que debían regir solo asuntos sobrenaturales – y la parte más insidiosa del contrato de Isabel, cómo entrenaba la percepción, no era algo impuesto por el dios contratante.

El contrato ayudaba a configurar esa percepción, esa certeza, pero no la imponía en una mente. Declararlo ilegal basándose en eso sería difícil, dado que las maniobras sociales puramente mundanas podrían lograr el mismo efecto.

“La impactaron en la cabeza,” respondió la mujer de ojos plateados con suavidad.

El comandante Tredegar resopló.

“Bueno, estas cosas pasan cuando usas contratos de encanto en las personas,” dijo, levantando una ceja. “Supongo que mi sobrina tuvo algo que ver con Lady Ruesta?”

“Aunque todos los esfuerzos por fomentar un mejor juicio, sí,” respondió Song con tono sombrío.

Para su sorpresa, se encontró con lo que parecía ser una verdadera empatía.

“La madre de ella también tenía un gusto terrible en amantes,” suspiró Osian Tredegar. “Angharad lo hereda con honestidad.”

Hizo una pausa.

“Dado el fool gallardo que infecta a Peredur como una brote honorable de gonorrea, espero que a mi sobrina no le agradaría mucho que una mujer con la que estaba cortejando tuviera un accidente.”

“Pareces indiferente a esa idea,” observó Song.

“Si la chica Ruesta estaba usando un contrato contra Angharad, lo más probable es que dé una medalla más que una reprimenda a quien acabó con ello,” dijo el comandante Tredegar.

Aunque había una invitación implícita en sus palabras, Song guardó silencio. Después de un momento, el hombre de piel oscura inclinó la cabeza en señal de reconocimiento. No insistiría en el asunto y ella no tenía intención de seguir hablando de ello.

“A pesar de su desacuerdo,” dijo él, “ella parece creer que lo más sabio es quedarse con el Noveno para el Asphodel.”

“Eso insinuó,” dijo Song con cautela. “Estábamos discutiendo los términos cuando noté las discrepancias en su comportamiento.”

El comandante Tredegar gruñó en señal de aprobación, y ella se alegra de que no preguntara más. Es un honor que el hombre sepa hasta dónde trazar la línea en cuanto a meterse, mientras que el comandante podría haber obligado a Song a aceptar a su sobrina sin ninguna condición, lo que seguramente habría endurecido su opinión sobre el asunto.

“Independientemente de dónde caiga ese asunto, en los próximos meses te brindaré ayuda,” dijo Osian Tredegar. “El coronel Zhuge gestionó mi nombramiento como instructor de Umuthi, lo que me da algo de influencia para decidir qué brigada recibirá qué asignación cuando lleguemos a Asphodel. Se te dará la oportunidad de elegir cuando llegue el momento.”

“Te lo agradezco,” dijo Song, inclinando la cabeza.

Él sonrió con apenas un gesto.

“No tengo intención alguna de cruzarme en el camino de Shilin Zhuge,” afirmó. “Puede que tenga esa elegancia académica del Tianxi, niña, pero también exhibe en su pared la caligrafía de rivales cuyas carreras ha sepultado.”

El comandante Tredegar se inclinó.

“Por muy cortés que sea, sigue siendo una fila de malditas cabezas cortadas.”

Eso fue totalmente inapropiado. Solo era correcto que un erudito respetado mostrara caligrafía y reflexionara sobre la mano de quienes encontraba. Ella aclaró su garganta.

"La letra revela mucho del carácter de una persona y, por lo tanto, ayuda a comprender sus virtudes y defectos," dijo Song, con un tono ligeramente reprochatorio.

Solo un poco. Él seguía siendo un comandante.

"Así que la afirmación de Tianxi, sí," tartamudeó Osian Tredegar. "Debo confesar que tengo cierto escepticismo al respecto."

Antes de que ella pudiera responder, él desestimó la conversación con un gesto de la mano y se levantó.

"Ya he ocupado demasiado tu tiempo," dijo. "Te dejo con tu visita."

"Eso es muy amable de tu parte," respondió Song.

Una parte de ella pensaba en si debería quedarse más tiempo del que había planeado, ya que tal vez él estuviera atento a la duración de la encuentro. Quizá debería haberse traído un libro. El hombre alto se detuvo junto a la puerta y luego se giró medio, con una expresión distraída en su rostro.

"¡Una última cosa," dijo el comandante Tredegar. "Tengo curiosidad: ¿tienes alguna idea de por qué mi sobrina pudo haber entrado en una capa?"

Ella parpadeó sorprendida.

"Ninguna," dijo Song. "No creo que lo hubiera hecho a propósito. Otro de los Encantados entró en una capa por accidente hace poco, y después, nuestro Navegante dejó muy claro lo peligroso que es."

Ella inclinó la cabeza ligeramente.

"¿Será allí donde encontró a la mara?"

"No podemos saberlo con certeza hasta que despierte," respondió Osian Tredegar con precisión, aunque su rostro mostraba gravedad.

Asintió con la cabeza.

"Gracias por tu tiempo, Capitán Ren."

"Y el tuyo, comandante," respondió ella, devolviéndole la inclinación.

La puerta se cerró en silencio tras él, sin hacer ningún sonido, y sus ojos plateados se posaron en la figura durmiente de su sobrina mientras el silencio se instauraba en la habitación. ¿Qué has

estado haciendo, Angharad?

Song Ren se dio cuenta de que no tenía idea, y eso le preocupaba más de lo que quería admitir.

--

Angharad despertó con un dolor punzante en la cabeza, como un tambor dentro de su cráneo.

Gimió, su cuerpo latiendo con un dolor sordo que se alojaba en lo más profundo de sus huesos. Con los ojos entreabiertos, vio un techo de piedra bañado por la luz de la linterna; intentó levantarse, pero los músculos de su abdomen parecían gelatina. Se estremeció una vez y luego se dejó caer de nuevo sobre las almohadas que la sostenían. Una mano descansó sobre su frente.

"Tranquila ahora."

Ella estiró el cuello a la izquierda, pero era como si mirara a través de un cristal. Parpadeó con fuerza, sintiendo suciedad acumulada en la esquina del ojo, y la neblina empezó a disiparse. Osian Tredegar estaba de pie sobre ella. Tenía círculos oscuros alrededor de los ojos. Angharad intentó hablar, pero su boca estaba seca como la arena. Lamió sus labios agrietados, pero no sirvió de nada. Tosió.

"Espera un momento," dijo el tío Osian.

Se recostó mientras la lengua de Angharad buscaba la humedad de su propia saliva, tratando de recordar cómo había llegado allí. Le vino a la memoria en un parpadeo: la capa, la emboscada. Song sacando un revólver, luego el recuerdo lejano de rasgar una cortina de seda y ser derribada en un lecho de flores.

"¿Cuánto tiempo?" logró susurrar.

"Tres días," respondió Osian, luego chasqueó la lengua. "Recuéstate un poco."

Ella obedeció lo mejor que pudo, incluso ese pequeño movimiento le costaba trabajo. Él vertió agua en su boca con gentileza, y una parte de ella no pudo evitar recordar a aquella mujer de la capa. ¿Cómo se llamaba? Miren. La llamaban Miren. Angharad bebió sorbo tras sorbo hasta que él soltó la piel, luego se lamió los labios. Estaban igual de resacos que antes, solo húmedos. Se inclinó de nuevo en la cama, dejando escapar un suspiro entrecortado.

"Me duelen los huesos," alcanzó a decir.

"Es una lesión psicosomática," le dijo su tío Osian. "Tus huesos no han sido dañados físicamente, pero el daño a tu alma resuena en tu cuerpo."

Una pausa.

"El dolor y la sensación de desgaste son señales buenas," añadió. "El dolor agudo, localizado, suele ser la advertencia de daño permanente."

Angharad tragó saliva.

“¿Qué ocurrió?”

“El capitán Ren descubrió que estabas poseída y llamó ayuda para someterte hasta que la guarnición pudiera arrestarte,” explicó su tío. “El primer intento de purga fue fallido, por eso te ahogaron antes de que pudiera intentarse una segunda vez.”

Sus dedos se clavaron en las sábanas.

“¿Ahogada?”

“En agua del mar,” añadió, como si eso fuera lo que realmente importaba. “Una medida temporal, Angharad. Te reanimaron de inmediato, como se hace con los marineros. Eso debilitó a la mara lo suficiente para expulsarla sin necesidad de medidas drásticas.”

“¿Asfixiarse no es una medida drástica?” preguntó ella.

“No,” respondió con suavidad. “No es como el ataúd de plata ni la trepanación. Agradece que el parásito no tuvo más tiempo para penetrar en ti, de lo contrario no habrían quedado más remedios que utilizar estas.”

Los ojos de Angharad estaban débiles, todo lo que la rodeaba temblaba, pero esa suavidad le advirtió y al observar el rostro de su tío confirmó lo que sospechaba: estaba furioso. Una furia contenida, precisa, pero furia al fin y al cabo.

“¿Tío?” preguntó.

“Me dicen,” continuó Osian con una calma contundente, “que la herida de entrada a tu alma fue especialmente limpia. Tales lesiones, me repiten, suelen ocurrir cuando el alma es atacada fuera de su envoltura mortal. Como cuando caminamos sobre una capa.”

Ella tragó saliva. La tentación fue intentar jugar con las palabras, rodear la situación, pero la reprimió. Angharad apenas podía pensar con claridad, y él se merecía que se comportara con más sensatez.

“La Hora de la Brujería,” admitió. “Parece una pequeña cortada, nada más. No sabía que mis adversarios fueran mara.”

¿Será por eso que se movían de manera tan extraña? Seguramente, por eso desaparecieron después de dar un solo golpe. El comandante Osian Tredegar se reclinó en su silla, con un rostro tranquilo como un estanque sin viento, pero sus ojos oscuros ardían.

“¿Sabes lo que hace un mara a alguien, cuando le da tiempo?”

Ella asintió débilmente.

“Primero muerde tu alma,” dijo el tío Osian. “Luego se introduce en esa grieta, reemplazándola, y empieza a extenderse por ti como raíces.”

Su tono era firme, casi como si se contuviera para no gritar.

“Se come tus recuerdos, tu esencia misma para expandirse,” explicó. “Primero las partes que conocen su existencia y cómo eliminarla. Para entonces, ha adquirido tanta influencia que comienza a impulsarte —a hacerte decidir, aunque parezca capricho o fantasía.”

Sus dedos golpeaban en el reposabrazos de la silla, con fuerza excesiva para mantenerse en silencio.

“Luego, el mara empieza a comerse las partes de ti que saben hablar,” continuó Osian. “Y después, las que saben moverse. Cuando logra eso, te aísla por completo, vaciándote por fuera de toda testigo.”

Cerró los ojos.

“Los hombres llaman a las criaturas fabricantes de muñecas porque eso es lo que luego retornan: una muñeca movida por la mara, que pasa por ser quien solía ser mientras el parásito busca su próxima presa.”

Los dedos habían dejado de golpear la mesa. Ahora se aferraban con fuerza al extremo del sillón, haciendo que crujiera en protesta.

“¿Qué demonios estabas pensando, Branwen de manos ensangrentadas?” gruñó. “Entrar a una capa sola, sin un Navegante ni un aliado que te rescate en caso de que no puedas volver a casa caminando. ¿Estás intentando matarte?”

Angharad apartó la mirada. No era una niña para ser reprendido así.

“Todo salió bien, hasta el final,” dijo.

“¡Te pasaste horas sin saber siquiera cómo hablar, Angharad!” exclamó Osian a medias, luego cerró los ojos.

Respiró profundamente, apartó las manos del sillón y las apretó en puños antes de volver a colocarlas suavemente sobre sus piernas. Sus dientes estaban apretados al volver a hablar, pero su voz se había suavizado.

“Si tu capitán no hubiera, con admirable ingenio, advertido tu situación, ahora tendrías el vocabulario de un niño de diez años,” dijo Osian.

Ella bajó la vista a sus manos en su regazo.

“Subestimé los riesgos,” admitió.

“Sobreestimaste tu propia capacidad,” la corrigió severamente. “En estas circunstancias, quizás pasen meses antes de que dejes de temblar con convulsiones. Incluso cuando puedas ponerte de pie necesitarás un bastón.”

Ella respiró con fuerza, una oleada de pánico se elevó en su interior.

“Pero no es...”

“¿Permanente?” finalizó Osian. “No, qué suerte tienes. La jefa Akelarre en puerto ayudó y engañó a la mara para que se fuera con solo daños menores. La pérdida de memoria fue inevitable en cuanto comió parte de tu alma, y tus lucidez seguirá frágil unos días más, pero la mayor parte del daño fue psicosomático. Cuando la mara se desgarró de tu alma, no fue con delicadeza.”

Angharad mordió su labio. Parte de ella quería llorar, quizás por frustración, por haber perdido cosas que ni siquiera recordaría, pero más aún por lo que signifique que no pueda moverse sin un bastón. No podía volver a adentrarse en la Hora de las Brujas. Intentar esa noche oscura sin poder correr sería una locura de largo aliento.

Y al aceptar esa realidad, cerró los ojos y dejó que su cabeza se hundiera en la almohada.

Apretó el sollozo, ¿de qué serviría? Esto era todo, entonces. Había fallado tan por completo que ni siquiera podía intentarlo de nuevo. Su última oportunidad de ver a su padre, de liberarlo alguna vez, se había escapado de sus dedos porque era una tonta que vacilaba cuando veía la misma cara dos veces en un sueño. Los sonidos que desgarraron su alma le arrebataron el aliento a su tío. La escuchó suspirar, y al abrir los ojos, él se pasaba la mano por el puente de la nariz.

Su aspecto era tan agotado como ella se sentía: otro fracaso acumulado.

“¿Por qué?” preguntó cansado. “Dímelo, al menos. ¿Por qué insististe en recorrer esa tierra de pesadilla mortal? Entraste por el mismo pasaje que el muchacho de tu brigada, no fue casualidad.”

“Yo—”

“Podría decirse que no pudo, pero sería mentira.”

“No fue por mí,” finalmente logró decir, con dificultad. “Sino por orden de otra persona.”

Los ojos de su tío se endurecieron.

—Ningún maestro sería tan insensato como para enviarte a una capa tan poco preparada —dijo—. ¿Quién?

—No fui forzada —afirmó Angharad—.

—Eso no significa que no te hayan usado —replicó con sinceridad—. ¿Quién, Angharad?

Ella bajó la mirada.

—Podría ser imprudente decirlo —farfulló.

Hubo un largo momento de silencio, luego Osian Tredegar maldijo suavemente.

—¿Es el ufudu, verdad? Esto apesta hasta el Infierno a la Casa de la Mano Izquierda.

Se acabó, entonces. Incluso la sospecha era suficiente para terminar con esto. Ella había llegado a su fin. ¿De qué servía esconder algo ahora, incluso intentar mentir? Angharad tragó saliva, y asintió con la cabeza. Se sentía tan mal del estómago que si hablaba, empezaría a vomitar y no cesaría jamás.

—No deberían tener nada en ti —comenzó, pero se detuvo—. Llanw Hall. Alguien sobrevivió. ¿Robaron a alguien de entre las cenizas?

—El padre todavía vive —balbuceó—. Me mostraron un dibujo de él con un brazo desaparecido. Pero, tío, él está —me dicen que lo mantienen en Tintavel—.

Más allá del alcance de la Guardia. Más allá de todos excepto la Casa de la Mano Izquierda.

—Gwydion —dijo Osian Tredegar, pronunciando el nombre como si fuera la peor de las maldiciones—. Por supuesto que Gwydion sobrevivió y ahora vuelve para atormentarnos a todos. Debería haberlo sabido a la mierda.

—La Guardia no puede meterme en la Montaña Negra —dijo Angharad con desesperación—. Pero la Casa de la Mano Izquierda—

Interrumpió con un gesto severo.

—Solo entregarán lo suficiente de lo que te prometieron para mantenerte en el secreto y nunca más —dijo Osian—. Para ellos, las cosas son más rentables con tu padre en Tintavel y tú dispuesta a hacer lo que sea por sacarlo.

—¿Crees que no lo sé? —gruñó Angharad—. No soy tonta, tío, sé que no puedo confiar en el ufudu.

Apretó el puño.

—Pero, ¿y qué otra opción hay? —suplicó—. ¿Qué más puedo hacer, dejar que muera allí dentro? No veo otra salida. Aunque sean ladrones, son los únicos que ofrecen algo.

—¿Qué te pidieron que hicieras? —preguntó Osian.

Ella vaciló.

—Niño —dijo suavemente—, puedes decírmelo ahora o podemos mantener esa conversación con una Máscara en la habitación.

Laminó sus labios resecos.

—La Forja Infernal —dijo Angharad—. La que el Iluminador dice que arrojó al éter cuando Tolomontera cayó ante la Guardia.

—De todas las locuras delirantes —comentó su tío, frotándose la frente, luego frunció el ceño—. No, no. La Reina Alta claramente busca una; se dice que la Krypteia la destrozó hace algunos años. Los ufudu incluso están tocando las líneas del Pacto de Iscariot —no van a tomar el artefacto, sino que se están apoderando de él.

Angharad frunció el ceño, perdida.

—¿Qué tienen que ver los Pactos con esto? —preguntó.

—Poseer Forjas Infernal está prohibido por ellos, salvo las que están en las bóvedas de la Guardia y en las paredes de Pandemonium —dijo Osian—. Pero la redacción debe ser cuidadosa, porque muchas se escondieron tras la caída del Segundo Imperio y ninguna potencia aceptaría que la posesión involuntaria constituya una violación del Pacto. De lo contrario, tener una enterrada en tu tierra podría dejarte interdicto.

—¿Entonces está permitida? —preguntó lentamente.

—No —contestó él—. Tener una en tu posesión no es ilegal, pero usarla, estudiarla, ocultarla y procurar obtenerla sí lo son.

Angharad parpadeó, desconcertada.

—Pero yo soy la que ha sido solicitada para esta tarea—dijo—, seguramente...

—Seguramente, si alguna vez se demuestra la verdad, la Gran Reina se disculpará por las acciones de un pequeño grupo de ufudus rebeldes y ejecutará a los implicados como una muestra de arrepentimiento—comentó el Tío Osian—. Si la forja llega a una instalación oculta, ella arriesgará a algún noble menor "que intenta usurparla" para que pague por ello, y perderá la cabeza si la Krypteia descubre su escondite y presenta pruebas demasiado convincentes para negar.

Ahora sentía náuseas en un modo totalmente diferente.

—Eso es indecente—dijo.

—Al menos dos veces sé que ha ocurrido—replicó Osian—. No en mi vida, pero la última fue en la segunda década del Siglo de las Velas.

Ni siquiera hace cien años.

—Es la Reina Perpetua misma quien firmó los Acuerdos de Iscariote—insistió Angharad—, con su propia mano. La pura deshonra de violar su propia palabra...

—Oh, ella siempre respeta su palabra—dijo Osian con tono suave—. Solo que a veces sus súbditos no lo hacen. Cuando no está a la vista, claro, y ella corrige esto cuando se le hace notar. ¿Qué más

se puede pedir de ella?

Angharad abrió la boca para objetar, pero el anciano hizo un gesto brusco.

—Podemos tener esa conversación en otro momento, cuando ambos estemos mejor descansados—dijo—. ¿Fue el ufudu quien te envió a la capa?

—Dijeron que la Forja Infernal debería estar en uno de ellos—contestó Angharad.

—Quizás lo esté—dijo Osian—, pero tú no estás preparada para encontrarla. Una espada solo te lleva hasta cierto punto en una capa. Los navegantes son la clave, y han intentado sin éxito obtener la Forja en los años en que la Scholomance estuvo cerrada. Aunque...

Frunció el ceño.

—El éter responde a emanaciones intensas—dijo Osian—. Una sensación de necesidad enfocada podría haber funcionado como una especie de brújula. Algo que se fortalece cuanto más urgente es la solicitud. ¿Te dieron una fecha?

—Finales del año—susurró Angharad.

Se mordió el labio. La verdad había salido, pero no pudo evitar experimentar un escalofrío ante lo que aún estaba por venir. Sin embargo, flotaba una esperanza salvaje, la idea de que su tío podría ayudarla a superar su fracaso. Si le prestaba su apoyo, seguramente...

—Tío, sé que no puedo—

—No—interrumpió fríamente—, no puedes. No voy a dar la espalda a mis juramentos a la Vigilia ni a ignorar esto.

Por horrible que fuera ese final, también encontraba algo de alivio. La situación ya no estaba en sus manos.

—Entonces confesaré todo—dijo con cansancio.

—Habría sido bueno que hicieras algo digno de confesión—dijo Osian con tono suave—, pero no lo has hecho. Lo peor que se te puede acusar es de no informar de inmediato a un agente de la Casa de la Mano Izquierda, pero eso no va en contra de las reglas en Tolomontera.

—Entonces quieres que... deje de intentarlo—dijo.

Me miró durante un largo momento.

—Podría pedírtelo—dijo—, pero no lo harás, ¿verdad?

Sus puños se apretaron, aunque débilmente. Angharad no dijo nada. Era mejor que mentir.

—Si vuelves a la capa en este estado, morirás—afirmó claramente.

—Entonces, haré que otros lo hagan en mi lugar—resopló—. Suplicar y negociar, aunque sea necesario.

—Eso también te hará matar—dijo Osian—. Llegará a manos de alguien que investigará — ya sea un estudiante de la Máscara buscando aprobar su curso, o algún Stripe intentando mejorar su puntuación—. Serás una mención en su expediente para cuando termine el año.

Apretó los dientes.

—No puedo simplemente abandonar a mi padre para que muera en una celda —le dijo Angharad—. Sé que sería más sabio, tío, la opción más inteligente. Pero no soy así.

Ella suspiró.

—Solo me quedan semanas antes de tener que partir —dijo—. Y mientras esté en Asphodel, mi búsqueda deberá terminar. No puedo—

—Eso —susurró Osian Tredegar— no es del todo cierto.

Sus ojos se posaron en él, ligeros como una pluma. Él pasó una mano por su cabello.

—La reserva encontrada en Asphodel —dijo—. Se sospecha que incluye una Forja Infernal, aunque el Rectorado no ha confirmado nada.

Angharad tragó saliva.

—¿Que quieres decir...?

—No voy a entregar mi honor al mal, ni siquiera por mi familia —dijo Osian—. Pero si se lograra obtener del Rectorado en su lugar, sería... una decisión que puedo aceptar.

—¿En serio? —exhaló ella.

Su expresión se endureció.

—No pongas toda tu esperanza en esto —advirtió Osian Tredegar—. Reportaré las sospechas de que la Casa de la Mano Izquierda obtuvo una Forja en cuanto sus agentes la naveguen con ella. Hasta ahí llegaré, y, si los ancestros quieren, la Segunda Flota capturará esa nave en su regreso a Malan.

Frunció el ceño.

—Pero en lo que a eso respecta, te ayudaré —dijo.

—Gracias —casi rompió en llanto Angharad—. De verdad, tío, no hay palabras—

—No me agradezcas demasiado pronto —advirtió él en silencio—. Por esto, quiero que hagas un juramento.

Se inclinó rápidamente, tanto que le dolió el cuello sensible.

—Nunca más —dijo Osian— me pidas que doblegue mi juramento a la Víspera, o que hagas lo mismo.

Asintió lentamente.

—¿Y ese ufudu... quién será? —preguntó—. Le cortaremos el cuello cuando termine esto. No permitiré que la enfermedad se propague aún más.

Hace unas semanas, Angharad podría haberse mostrado reacia ante eso. Ya no.

—Empuñaré la espada yo misma cuando llegue el momento —prometió.

Osian exhaló.

—Muy bien —dijo—. Cuéntame todo.

Ella lo hizo.